

Te calumnias perverso demagogo,
Sacerdote mentido te falsea,
Y en tu nombre inmortal á la pelea
Conduce huestes mil;
Arranca el pueblo á su labor honrada,
Fiero le entrega á fratricida lucha;
Que es nada la virtud, su ambición mucha,
De bronce el pecho vil.

Que así como de Dios el nombre santo,
Predicando humildad á la conciencia,
El apóstol falaz, en su insolencia,
Invoca sin pudor;
Así tu nombre, Libertad querida,
El demagogo degradado invoca,
Para ultrajar, en su soberbia loca,
Los fueros del honor.

Mas... Tú existes, Deidad consoladora;
Impalpable quizá, pero tú existes:
Y en las diversas formas que revistes
Seduces al mortal.
Estás en la conciencia de los buenos,
El pensamiento en su ascension te ha visto,
Te simboliza la bondad de Cristo,
Su cánon inmortal.

No eres un sueño. Guttemberg famoso,
En tu nombre, con génio soberano,
Grabó en el libro el pensamiento humano,
Y difundió la luz;
Y los pueblos esclavos que temblaban
De su señor á la mirada fiera,
Sintieron en sus hombros más ligera
La ponderosa cruz.

Tú vives en la audacia de Colombo,
En la firmeza estás de Galileo,
Y hasta en el mártir resignado veo
Tu influjo singular:
Washington y Bolívar, dos colosos
Que el mundo con su fama estremecieron,
En sus pechos, cual ráfagas, sintieron
Tu aliento palpar.

Hidalgo, Suere, San Martín, Morelos,
Potentes gladiadores sin mancilla,
No por encono ruin contra Castilla
Alzaron su pendón:
Fué que á tu soplo creador, divino,
Tras larga noche de miseria y llanto,
Armó sus diestras patriotismo santo,
Castigo á la opresión.

Al Norte, un pueblo infatigable, hercúleo,
Fuerte en la lucha, en el trabajo fuerte,
Arranca sus secretos á la suerte,
Y es suyo el porvenir:
Del Bravo al Sur, la valerosa estirpe,
Nacida en los combates de la historia,
La que forma sus pactos con la gloria
Y lucha hasta morir.

Si, vives, Libertad! Vives en todo
Lo que es valor, virtud, inteligencia,
En todo lo que alumbra la conciencia
Y va del bien en pos;
Por tí del fango de la vida surge
La luz que al alma su esplendor imprime,
El hombre de sus faltas se redime,
Y es digno de su Dios.

Tú eres la luz que á divisar alcanza
En sus radiantes sueños el poeta,
La estrella que sostiene el alma inquieta
Del proscrito infeliz:
Eres la voz secreta y misteriosa
Que el hombre, atento al porvenir, escucha,
La que nos dice: no desmayes, lucha!
Levanta la cerviz!

Tú animas con tu soplo á las edades,
Y tu preclaro sello lleva impreso
El batallar continuo del progreso
En su ascension triunfal.
Tu sol no brilla aún; pero tu aurea
Rasga en Oriente las pesadas nieblas,
Y ya niegan su abrigo las tinieblas
Al plomo y al puñal.

Tu sol no brilla aún. En la penumbra

Los Nerones te insultan con sus hechos...
Mas el pueblo reclama sus derechos
Con alma varonil.
Los déspotas vacilan. Tus fulgores
La estrella ahuyentarán de su fortuna;
Que en la lira, la prensa y la tribuna,
Aliados tienes mil.

Y no será que en tu defensa acuda
Con su hórrido cortejo la metralla;
La paz será tu campo de batalla,
Tu espada, la razón.
Y triunfarás, y á tu poder inmenso,
Hundidos para siempre los tiranos,
Hallarán con el órden los humanos
Progreso, y paz, y union.

Cuando tu sol á su zenit se encumbra,
Cuando, á tu influjo bienhechor, el hombre
De su pasada esclavitud se asombra,
E impere la verdad;
Entónces sí, dignificada, augusta,
La humanidad, á la virtud propicia,
Sobre el culto alzará de la justicia
Tu trono ¡Libertad!

ENRIQUE PÉREZ VALENCIA.

El castillo de los siete escudos.

URIANO el druida tenía siete hijas, á las cuales había iniciado en los secretos de la magia, hasta el extremo de que podían bajar la luna del cielo. Fué tanta la fama que adquirieron por su belleza, que siete Príncipes poderosos quisieron tener el honor de desposarse con ellas.

Los Reyes Mador y Blevs, procedentes de Powis y de la tierra de Gales, tenían los cabellos enrespados y su aspecto era repulsivo. Ewani, el cojo, llegó de Strath Clueyde, y Donald, el de la barba roja, de la ciudad de Galloway.

Lot, Rey de London, estaba jorobado, y á Dunmail de Cumbria, le faltaban los dientes. Sólo Adolfo de Bambró, Príncipe de Northumberlandia, era amable, valiente, jóven y agraciado.

Los celos dividieron á las hermanas, porque todas querían al valiente y hermoso Príncipe Adolfo. Tras de los celos vino el odio, y tras el odio las riñas. Entónces abrióse la tierra y apareció el Rey de los infiernos.

Prometiéoles á las hijas del druida, contentarlas á todas ellas, y ellas, en cambio, le prometieron á su enemigo obedecerle ciegamente. El ángel proscrito les entregó una rueca y un huso, y les dijo:

—Escondadme. Con estos husos hilareis á las doce de la noche, y en seguida se levantarán siete torres. Dentro de ellas se cumplirá el prodigio, triunfará el mal y habitareis con el que á cada cual le pertenezca.

Sentáronse en el valle, que iluminaba la luna, y cantaron de una manera que nadie puede repetir. Desgarráronse el seno con las uñas y la lana negra que hilaban empapóse en sangre.

Mientras los husos rodaban ligeramente bajo el impulso de sus dedos levantóse el castillo como un sueño y las siete torres salieron de la tierra como un vapor: siete puentes le vadizos las daban acceso, siete fosos las rodeaban.

En aquel terrible castillo celebraron sus bodas los siete monarcas; pero al día siguiente por la mañana aparecieron seis asesinados. Las siete vírgenes, con los ojos encendidos y blandiendo en sus manos los ensangrentados puñales, rodearon la cama de Adolfo.

—Acabamos de inmolar, dijéronle, á seis esposos coronados; eres dueño de seis reinos. Comparte tu amor con las siete desposadas, ó el tálamo del séptimo se llenará de sangre como los otros.

Por fortuna, la víspera de su himeneo el Príncipe Adolfo había recibido la bendición de su piadoso confesor. Así fué que, saltando de la cama, cogió la espada é inmoló á las siete hijas del druida Uriano.

Cerró el castillo, y sobre cada puerta pu-

so una corona y un escudo. Despues encaminó los pasos al convento de San Dunstau, y terminó sus días bajo cilicio de un santo anacoreta.

Los tesoros de los siete monarcas están depositados en aquel castillo; los demonios lo vigilan y cierran el paso á los que se acercan. El que se atreva á penetrar á la hora del cubre-fuego y permanezca hasta el toque de día será dueño de las riquezas.

Pero á medida que el mundo envejece, los hombres degeneran, y en la actualidad no hay en la Gran Bretaña un solo caballero bastante atrevido, bastante valeroso y bastante prudente para correr esta peligrosa aventura.

Las cumbres del Cheviot se inclinarán como la flexible espiga ántes que los guerreros de Albion abandonen el Northumberland, y las duras rocas de Bambró se fundirán al sol ántes que persona alguna conquiste aquellos tesoros.

WALTER SCOTT.

FLOTANDO.

SULLY PRUDHOMME.

Oigo el rumor del agua y de la orilla,
Ya fugitiva fuente, ya la gota
Que á tiempos cae de la peña rota,
Ya el aura que, al pasar, el junco humilla.

No siento que resbale mi barquilla,
Juzgo que huyen las playas, ella inmota;
Miro el cristal: cual pabellón que flota,
Vuelto el cielo al revés en lo hondo brilla.

Parece como sierpa adormecida
Oscilar la corriente: flor liviana
El rumbo ignora y sobrenada incierta.
Tal sin sentirlo se me va la vida,

Y cuando agita la ambición humana
Ni leve inclinacion en mi despierta.

M. A. OJERO.

EN LA AUSENCIA.

¡Oh madre de mi amor! Con gran ternura,
vuelvo los ojos al hogar tranquilo
alumbrado por tí, seguro asilo
donde encuentra mi espíritu ventura.

Si el sol de la virtud allí fulgura,
si allí el placer disenre con sigilo,
¿adónde marchó yo? Dado, vaele,
y sueño con la infancia noble y pura.

¡Tiempo feliz! Entónces, madre mia,
gozaba en adorarte, aquel encanto
que vuelve interminable la alegría...

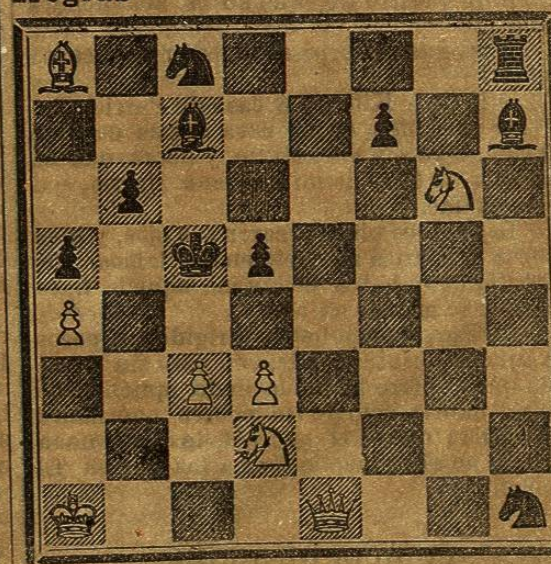
Lejos hoy de esa edad... ¡te quiero tanto,
que al bendecir tu nombre cada día
flaquea mi valor y asoma el llanto!

México. J. ANTONIO RIVERA G.

PROBLEMA DE AJEDREZ

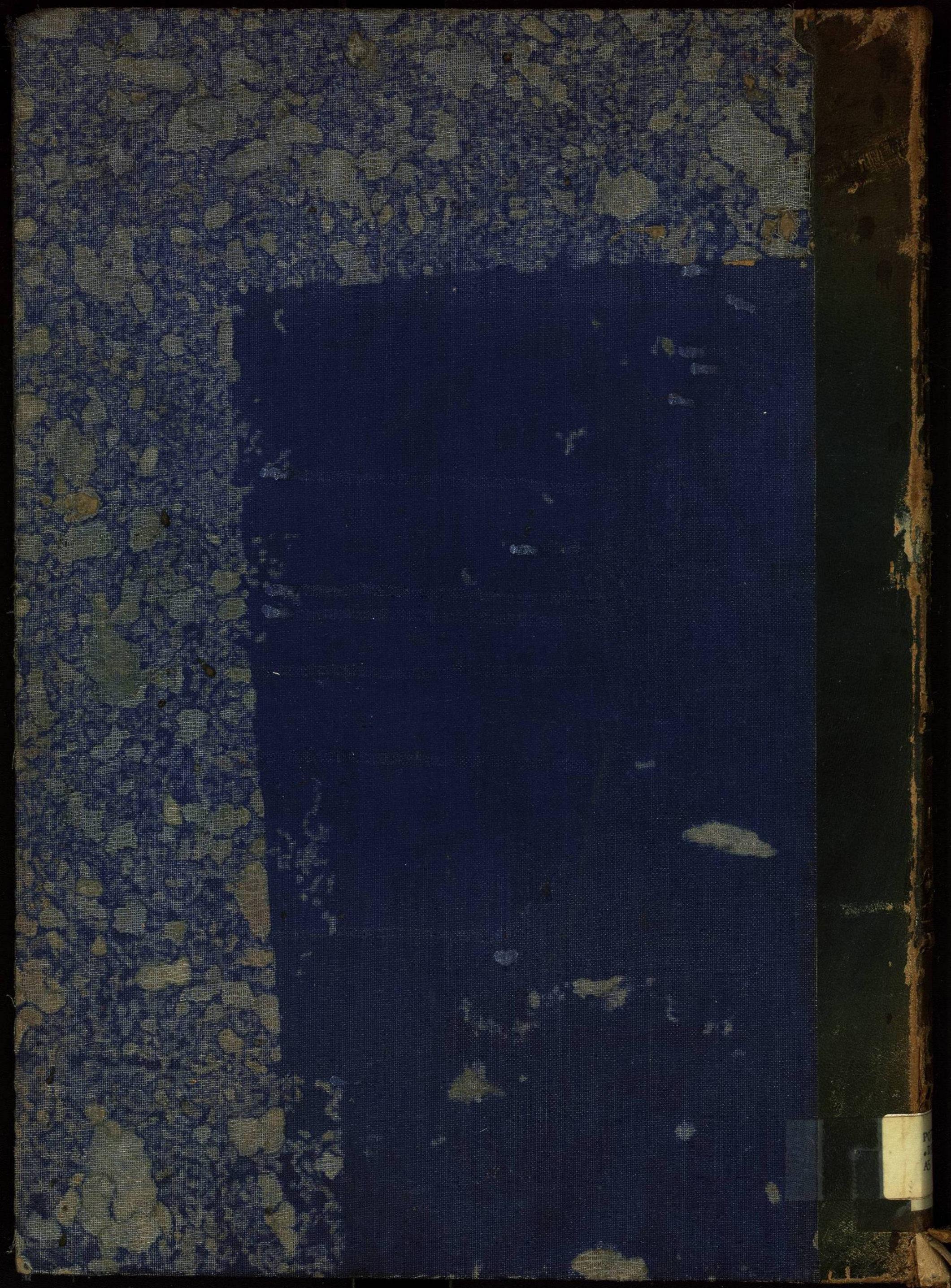
M. HERRERA.

Negras



Blancas.

Salen las blancas y dan mate en 3 movimientos. Solucion del problema publicado el domingo pasado.
1. A d2-P f5.-2. C h 5-P f 4.-3. P toma P 4+.



FR
A